

EUSKARA antiguo y moderno

por

A. Yrigaray

De un tiempo a esta parte van aumentando con insistencia las comunicaciones y trabajos que estudian las relaciones de los idiomas caucásicos con la lengua vasca. El nombre de Uhlenbeck nos merece demasiado respeto, así como los de Lafon, Trombetti, Dumesnil, etc., para que quitemos importancia a estas teorías que a una visión superficial parecen descansar en inseguras comparaciones de léxico y pequeñas aproximaciones de la Morfología.

Aunque hemos de confesar nuestra falta de competencia para enjuiciar este punto por no disponer de gramática de los idiomas citados por los autores, conocimiento que reputamos necesario para abordar esos trabajos. Sin embargo, esa aproximación de los idiomas caucásicos con el vasco no es idea nueva tampoco, así como la posible migración de las poblaciones de esos parajes del confín del Asia al Pirineo, o viceversa, puesto que se ha repetido por los vascólogos antiguos machaconamente, aunque bien es verdad que más por intuición que por estudio de los idiomas interesados. No hay más que repasar los escritos de Moret, Echave, Larramendi, Humboldt, Aizquibel, etc., para encontrarse con la historia de Túbal y de Oriente como origen de la lengua vasca. Aizquibel repite de otros autores que se supone el origen oriental del vascuence por los vestigios que ha dejado en la toponimia de Asia (1), empezando por el mismo apelativo del continente.

Este breve trabajo no tiene, sin embargo, la pretensión de es-

(1) Gerhard Bähr, en una notable tesis, desvaloriza la Toponimia a favor de la Patronimia, en Filología comparada.

tudiar los orígenes del vascuence, que no es de mi competencia, ni tampoco de mi devoción; aunque sea halagadora la perspectiva del afortunado que logre levantar el velo de la Esfinge. Dejando, pues, el estudio del vasc. como si dijéramos arqueológico para otros, nuestro designio es más modesto y toca al lenguaje vivo, glosando algunos postulados adquiridos de los filólogos de sólida reputación en la actualidad, que creemos de utilidad para el cultivo del vasc. escrito, en forma de que sea un apoyo del idioma hablado, en vez de ser una rémora para su pervivencia y estimación.

Hoy, en efecto, ha de darse preferencia al cuidado del idioma hablado, y el escrito en aquél ha de mirarse.

Pero veamos antes el estado de opinión de los Maestros de la filología comparada; pues nuestro lenguaje no escapa en su evolución a las normas estudiadas en otros idiomas antiguos, y bueno será que antes de lanzarnos a improvisar, consideremos los caminos que otros idiomas han recorrido en su largo periplo secular, para no pretender nosotros marchar a contrapelo con riesgo de zozobrar antes de tiempo. Las chispas que pueda sacar este estudio no son pues de mi fragua: únicamente acaso la proyección que esas enseñanzas de los filólogos incidan sobre la evolución de la lengua vasca.

Sabido es que el idioma ario o indoeuropeo no es tal, sino una elucubración de los filólogos que han sintetizado en una unidad las características comunes de la gramática del latín y del griego, del lituano y del eslavo, germano, celta, persa y sánscrito, elaborando un armazón de idioma hablado centurias antes de los idiomas históricos. El *euskara* hasta ahora no se ha podido emparentar a esa familia, aunque empieza a arriesgarse alguna que otra opinión en contrario. Pero ésto nada importa para nuestro objeto, pues las leyes de la evolución del lenguaje rigen lo mismo para unos que para otros.

El lenguaje más estudiado a este respecto es el inglés, por la grande evolución que ha sufrido desde hace mil años, en que ya se conocen sus primeros escritos, hasta el día de hoy. Ésta evolución se echa de ver con sólo considerar algunas características que los

filólogos atribuyen al primitivo idioma indo-germánico. En éste, el nombre y el verbo están claramente diferenciados; no ocurre ésto en el inglés moderno, pues *man* (hombre) se puede conjugar, *man the ship* (mandar). (Sabido es que en vasc. todos los sustantivos son conjugables).

En *ario* los sustantivos pertenecen a uno de los tres géneros; pero en inglés hoy ha desaparecido el género gramatical.

Donde el inglés dice *had*, que abarca los siguientes significados:

habido:

había, habías, había, habíamos, habíais, habían.

hube, hubiste, etc.

ó tuve, tuviste, tuvo, tuvimos, tuvisteis, tuvieron.

hubiese, etc. ó hubiera, etc. ó

tuviera, tuvieras, tuviera, tuviéramos, tuviérais, tuvieran, su antepasado el sajón distinguía una porción de formas: *habaida*, *habaides*, *habaidedu*, *habaideduts*, *habaidedeis*, *habaide-deiwa* y aún otras nueve más para distinguir dos o tres personas, tres números y dos modos, que ahora son expresados indistintamente por la forma *had*: merced a las combinaciones de pronombres y otras formas separadas que acompañan a aquella.

¿Cual es más perfecto idioma: el sajón o el inglés moderno? ¿Ha decaído éste de su antigua perfección como pretendían los filólogos de la anterior generación? Así *Schleicher* pretendía que los idiomas modernos son regresión y decadencia, meros dialectos; y el inglés, español, etc., eran mirados con la lástima que se mira a los parientes pobres, a la par que se tenía adoración por el griego y el latín.

Para el escolar de hace 50 años no había idioma respetable si no tenía 4 ó 5 casos, 3 géneros, 5 tiempos y 5 modos en el verbo. No es, pues, nada de extrañar que nuestros vascólogos desde Larramendi, que es el destacado antecesor de los puristas modernos, hasta Bonaparte, Vinson y Campión se extasiaran ante la riqueza de formas del verbo vasco, aduciendo como prueba de su perfecta complicación hasta 20.000 formas distintas de éste.

Ha sido esta generación la que ha visto claro que es forma

más evolucionada *izanen (ukanen) dut* que *duket*, más sencillo *etorriko naiz* que *natorke*.

Augusto Schleicher replicaba a este género de postulados diciendo que las palabras alemanas comparadas con las góticas son como una estatua que ha rodado largo tiempo por el lecho de un río hasta que sus hermosos miembros se han desgastado para no dejar más que un cilindro alisado con leves señales de lo que fué (2). Un lenguaje, decían los filólogos de ese tiempo, posee un inestimable encanto si su sistema fonético permanece inalterable y sus etimologías transparentes. Este es precisamente el caso del vascuence y de ahí que los vascófilos, en general, tengan una irreprimible veleidad por descifrar etimologías.

Pero, diremos con los filólogos modernos, es evidente que un lenguaje es tanto más perfecto cuanto más capaz es de expresar la mayor cantidad de significados con el más sencillo mecanismo. *Jespersen*, a quien glosamos estas ideas (3), defiende los idiomas modernos *analíticos* diciendo que cuanto *menos* y *más breves* las formas gramaticales, mejor. Las llamadas ricas y plenas formas de los antiguos lenguajes no son una hermosura sino una deformidad. Otro gran filólogo, *Grimm*, dice que el lenguaje humano solo aparentemente es regresivo, creciendo continuamente su fuerza intrínseca. Así erró la perspectiva un eminente vascólogo al tratar de las formas sintéticas cuando comentaba la forma *dakargukezu-nean* = «cuando vos nos lo podáis traer», diciendo:

«Dígase si no es admirable el genio sintético del euskera que en un solo vocablo como ese condensa cinco ideas, bien distintas: la acción, el sujeto de ella, los dos regímenes, y el tiempo. Los idiomas indoeuropeos no llegan ni con mucho a tal facultad de síntesis».

(2) A este respecto queremos citar un trabajo reciente sobre «El euskera y la cultura» de Federico Carlos Krutwig, que defiende la aceptación de vocablos de origen greco-latino en el vasc. (técnicos, científicos, etc.), lo mismo que ocurre en las lenguas y en alemán y en húngaro (que se tiene por idioma super-purista), calificando de defecto capital el hecho de que el vasc. carezca de extranjerismos, técnicos y culturales. Este tema que el señor Krutwig desarrolla con amplitud tiene interés aunque ya antes trató de él el señor Altube, con su habitual acierto.

(3) *Progress in language.*-Jespersen.-1909. London.

Podría añadir hoy, si viviera, pues su inteligencia era muy despierta, que los idiomas indoeuropeos también tuvieron siglos atrás esa misma facultad de síntesis, bagaje pesado que sus sucesores los actuales idiomas han perdido para su suerte.

No piense el lector que apuntamos estas observaciones por un afán de crítica de los vascólogos tradicionales, ni que queremos desconocer sus méritos, puesto que esas mismas ideas han sido defendidas por filólogos de la talla de *Schleicher*. Además, también entre los puristas ha habido quien ha entrevisto la realidad. En una revista vasca de los primeros años del siglo apareció un sagaz artículo de F. Belausteguigoitia, que entrevé con perspicacia el fondo del problema, que ahora casi nadie discute; dice así:

«*De unificación euskérica.*—Contra la corriente general, yo no admiro la excelencia del verbo vasco en la riqueza de sus flexiones pronominales; veo más bien lo que se dificulta la inteligencia y la unificación del idioma, por efecto de la inoportuna cristalización de formas anticuadas. La ignorancia es atrevida y perdóneseme que exponga mi desautorizada opinión. Yo considero las flexiones pronominales vascas, como equivalentes a las españolas más o menos anticuadas como éstas: *soyte, soyle, soyos, soyles, héte, háme, háos, háselo, dínoslo*, etc. Ocurre en el euzkera que muchas flexiones pronominales anticuadas han cristalizado y que nos empeñamos en respetarlas todas en su múltiple variedad de formas dialectales, en lugar de movernos con libertad, *jugando con los pronombres* o sus representantes las flexiones puras actuales... ¿No os parece ridículo ese estancamiento de flexiones en sus formas pasadas? Pues no otra cosa a mi ver, hacemos nosotros y lo hacemos, no con una lengua de aluvi6n, sino con nuestro expresivo, libre y riquísimo idioma. Y, por hacerlo, encantados a mi ver por equivocados elogios de las flexiones del verbo vasco, convertimos la conjugación en un *ejercicio de memoria y en un juego de voces anticuadas y sin valor, difíciles de adquirir a los más, aun limitándose a un dialecto,*

»inasequible de todo punto en las variedades dialectales y sub-dialectales. [sic].

«Hoy los vascos perdemos un tiempo precioso en enseñar a los unos decir *se me cayó* y a los otros *me se cayó* o *cayó-seme*, cosas que no ocupan cinco minutos en otros idiomas. «Más aún hacemos: empeñámonos en *caducósemes* o parecidos para los vizcaínos; *caducómese* para los de más allá, *cameduseco* y formas más absurdas, que nada tienen que ver con *caducar* ni menos con *caer*, para los otros. Menos que otro cualquiera nuestro idioma puede resignarse a eso, y la reforma exigida por la lógica sería preciosa para la unificación».

También Unamuno en sus «Ensayos» trata de este tema con atinadas referencias al vascuence sintético, entre otras acotaciones no tan acertadas.

La capacidad de abstracción de los vocablos es el signo de la evolución de un lenguaje: y es una ley en psicología que el poder abarcar nociones abstractas es facultad tardía del individuo y lo mismo en la historia de un lenguaje, calificándose a éste de desarrollado o no, según aquella capacidad. Sabido es que la significación que lleva un vocablo es a menudo muy diferente de la originaria. Y la noción que primitivamente fué expresada por un compuesto inseparable es después expresada por un grupo de elementos separados, o por uno de éstos. Pues la evolución del lenguaje muestra una tendencia progresiva hacia la libre combinación de pequeños elementos donde antes se presentaban largos conglomerados inseparables.

En francés antiguo bastaba *ne* para la negación: luego se le añadieron voces superfluas expletivas, como *pas*, *point* (*ne marche pas*, *ne vois point*) (*no anda paso*, *no ve punto*), que por fin sustituyeron a la propia negación (*pas vrai*, *point du tout*!). De idéntica forma el español *jamás*, vino a significar lo opuesto a su sentido etimológico, *jam magis* (ahora-más), quedando como una reminiscencia de su primer significado en la frase *por siempre jamás*. Esto es lo que se ha dado en llamar capacidad de abstracción, yo diría de translación de significado, que es mayor cuanto

más desarrollado está un idioma. Así choca leer aún a escritores vascos que corrigen la forma *aospez* por *aozpez**, *siñetsi* por *ziñetsi**, *sorgiñ* por *zorgiñ**, *baserri* por *baseche**, *gazteria* por *gaztedia**, etcétera.

La sustitución de formas como *dakuszkít* por *ikusten ditut*, *datorke* por *etorzen aal da*, *naiteke* por *izaten aal naiz*, *zenekuske* por *ikusiko zenun*, *dakusat* por *ikusten dut*, *zagokez* por *egongo zara*, *dakike* por *jakingo du*, e incluso apurando la simplificación, la frase *liburuak erakuts zazkiguzu* por *guri liburuak erakuts*, *Aitak esan zidan* por *Aitak neri esan*, etc. etc., es considerada por los espíritus etimologistas con dolorosa pena.

Pero es indudable que un juez imparcial verá en ello, como dice Kräuter, una progresiva victoria sobre material inerte; es decir, una progresiva tendencia a separar en cortos, regulares y libres elementos combinables las largas e inseparables aglomeraciones de los antiguos (4).

En *diat* = yo he a ti (hombre); *dinat* = yo he a ti (mujer); *ditut* = yo los he; *dizut* = yo te lo he; *diskizut* = yo te los he; alguien replicará que las formas *analíticas* (español) tienen que añadir siempre los pronombres; sin embargo, los pronombres son los mismos para todos los tiempos y modos, y también el verbo; solo varía el régimen. (El estudiante de vascuence percibe esto con toda claridad, como lo veía el articulista citado antes). En cambio los signos pronominales del vascuence no son los mismos: y además de tener éstos, también emplea el vascuence los pronombres separados *nik (du-t)*, *zuk (du-zu)*, *arek (du)*; que parece redundancia. Con un poco de fantasía podíamos decir que si el idioma vive, acaso dentro de cien años, nuestros sucesores hayan llegado a simplificar diciendo: *nik du**, *zuk du**, *arek du**, de forma análoga a la evolución que ha sufrido el inglés, desde las distintas y complicadas formas *habaida*, *habai deduts*, etc., hasta el ultrasencillo *had* actual.

(4) Sin embargo, no se puede excluir absolutamente la posibilidad de que el vasc. de hace dos mil años tuviese el verbo más sencillo que el actual, y aún que las formas verbales tuviesen sus diferentes elementos sin fundirse.

¿Será necesario decir que lo expuesto no pretende estorbar la decisión de los que se atreven con la gramática vasca integral, con sus ricos matices y complicaciones? ¿Ni entibiar la afición de los lectores de nuestros autores, ni de los escritores del vascuence? Sólo busca de los pedagogos, un *Método* del vasco ameno y simple, donde el verbo y la gramática estén reducidos a su mínima expresión; pues gramáticas tenemos abundantes, y nada que ofrecer al que desea adquirir una *elemental* práctica del habla popular. Y volviendo a los idiomas modernos:

Que la para algunos *decadencia* del lenguaje es compatible con la claridad y la precisión nos lo demuestra el francés. Y que la capacidad para la Poesía es compatible con esa *regresión* de los modernos idiomas, vemos en el idioma de Cervantes y en el de Shakespeare. Vemos, pues, que las formas gramaticales de los lenguajes analíticos son más pocas, más breves y más sencillas que las correspondientes de los primitivos idiomas.

Esto es una enseñanza adquirida en el gótico comparado con el alemán; español y francés comparado con el latín, etc. Lo mismo pasa con el *euskara*: y así se puede aplicar a la forma *dakarguke-zunean* comentada, lo que el genial *Jespersen* dice respecto a los idiomas polisintéticos antiguos de la India, cuyas frases consisten en vocablos complicados y conglomerados de vocablos, englobando en un todo inseparable cosas tan distintas como el sujeto, verbo, complemento directo, indirecto, número, modo: a los que llama *instrumentos desgarbados e imperfectos para la expresión del pensamiento*.

Donde el moderno lenguaje tiene uno o dos casos, tuvo anteriormente tres o cuatro, y antes aún siete u ocho. Lo mismo se observa en la flexión del verbo: el inglés *cut* (cortado) sirve invariable para el infinitivo, para el presente, pasado, imperativo, subjuntivo, participio,

cortar,

<i>cut</i>	corto, cortas, corta, cortamos, cortáis, cortan; cortaba, cortabas, cortaba, cortábamos, cortábais, cortaban; corté, cortaste, cortó, cortamos, cortásteis, cortaron;
------------	---

corta, corte, cortad;

corte, cortes, corte, cortemos, cortéis, corten;
cortado.

Y aún nos dejamos algún tiempo para no ser pesados. Compárense con éste los viejos lenguajes con sus separadas y complicadas formas para los diferentes tiempos y modos, para dos o tres números, para tres personas y aún distintas formas para cada sexo y para la conjugación respetuosa y familiar como, ocurre en vasc. y se sorprenderá uno de la simplicidad y eficacia del inglés.

Las aplicaciones al vasc. escrito que se desprenden de estos postulados de la Filología, sacará el lector sin gran dificultad. Yo sólo añadiré que por diferentes lados se atisba una como revisión del método entre los que escriben en vasc. y será un signo saludable si se afirma esta tendencia a no estorbar la natural evolución del idioma y a escribir según se habla, o sin alejarse mucho.

S. S. julio 1947.
